

CUENTO N° 268

TÍTULO: LA ÚNICA TESTIGO

SEUDÓNIMO: CUESTIÓN DE FE

AUTOR: CARLOS PATRICIO ARAYA VERA

La única testigo

Se deslizó silenciosa entre los curiosos agolpados ante la vitrina de la lujosa joyería, ¡nadie la vio! Era invisible a los ojos de la gente, una vagabunda más dentro de la jungla de cemento en donde pululaban cientos de seres, al igual que ella, desechables, carecía de presencia e importancia. Un ser invisible e inservible, un ser como tantos otros que realizan su vida sin dejar otra huella que su mal olor y pestilencia. Pero, era la única que podía decir y contar lo que había pasado, ¡más!, ¿alguien querría siquiera tomarla en cuenta?

En sus ojos quedo grabado el atraco, ¡la muerte del guardia de seguridad que por pocos pesos cuidaba la riqueza de un desconocido patrón! ¡Fue la única testigo!

Sus movimientos al caminar eran muy sugestivos, sensuales, podían llegar a compararse con alguna elegante y famosa modelo. De esas caras, de esas que aparecen en la televisión en programas de farándula, huecos y sin sentido, que tienen muy poco que decir y menos que aportar. Pobres muchachas, hermosas, bellas e ilusas que se desvanecen en el espacio televisivo sin dejar más huella que su delicioso aroma efecto de algún perfume valioso y que en su minuto de gloria deben saber aprovechar. ¡Que malo, que feo comentario! pero es la verdad y la verdad casi siempre es fea y cruel

Había abandonado la casa paterna huyendo de los malos tratos que en ella le prodigaban, con abundancia, con fuerza, siempre le dio la impresión de que

nadie la quería y de seguro que era así ya que no la extrañaron ni buscaron cuando tomó la decisión de partir.

Fue un día gris, de lluvia copiosa y persistente y aunque odiaba mojarse ello no fue impedimento para realizar la acción que la llevaría a la libertad y lejos de los continuos golpes y maltratos.

Moviendo coquetamente sus caderas bajo por Tenderini. Acortando calles llegó hasta la Plaza de Armas, miro la Catedral y pensó, “algún día la visitaré”.

Desde su perspectiva le parecía monstruosamente grande, fea y casi atemorizante, nunca, en los varios años que ya llevaba viviendo en la vecindad, había pensado en entrar a conocerla, claro, temía no ser bien recibida en un lugar palaciego como ese. Sabía que en su interior adoraban a un Dios inclemente que poca consideración tenía para con ella y sus semejantes. Como mucho les permitía vivir una vida opaca, triste, solitaria, ajenos a cualquier privilegio, relegados a los lugares más sórdidos y oscuros de la ciudad, “lejos del amor” como decían los versos de una canción de Illapu, que aunque ya antigua le gustaba escuchar cuando el grupo de cantantes callejeros, como ella, la interpretaba armoniosamente por algunas monedas cerca de la plaza.

Como era verano y la noche se presentaba calurosa retardo su vuelta a la que por hoy era “su casa”, distraída por el ir y venir de la gente que paseaban por el ancho paseo en el centro de la ciudad así que decidió esperar a que Pedro, el amoroso dueño del negocio de papas fritas y empanadas de queso reparara en ella y le regalara algo para comer, no tenía hambre pero esa muestra de amor de este luminoso ser le era necesaria de cuando en cuando

para recuperar un poco la confianza en los seres humanos, confianza que había perdido hacía ya tiempo.

Pedro cariñosamente y con gran delicadeza cubrió con una servilleta el asiento cercano y le brindó un pequeño pero delicioso banquete. Trató de hacerle un cariño pero ella lo esquivó presurosa, relacionaba cualquier contacto físico con la violencia de que había sido objeto de pequeña. Era un huracán, un ser quebrado que nunca pudo componerse y que se acostumbró a vivir así.

Dio la vuelta alrededor de la plaza sin ninguna prisa y se detuvo a contemplar una estatua que representaba al fundador de la ciudad. Era muy grande, lo que más le gustaba era el caballo, parte fundamental del monumento y magníficamente plasmado en el que lo representaba, su pose altiva, su porte magnánimo, su tusa peinada y una larga y ordenada cola. Los músculos de sus piernas reflejaban la potencia del animal y sus patas esculpidas como trotando, mostraban su gran señorío y elegancia. Sin duda era una obra magistral, pero, ¡qué sabía ella de esas cosas!, sonrió y siguió su periplo.

Le encantaba perseguir a las palomas y aunque ya era viejona para esos juegos una que otra vez irrumpía entre ellas ahuyentándolas haciéndolas volar apresurada y desordenadamente. Claro que a esa hora ya las palomas estaban durmiendo y estaba cansada también de su vagabundeo diario.

En su vida en los alrededores del centro de la ciudad había visto muchas situaciones trágicas, violentas: asaltos, robos, accidentes, incendios, traficantes y drogas, prostitución, y las más inimaginables cosas que puede cometer un ser humano: estupro, trata de blancas, prostitución infantil y a grandes señores participando y disfrutando de ellas. Una vez escuchó una noticia de un asesinato que ocurrió dentro de la catedral, un cura pedófilo fue brutalmente

ajusticiado por su víctima una vez que este ya fue mayor... pero nunca había visto un cadáver, ahí, a sus pies, con la sangre escurriendo a borbotones por su cuello, con ojos de espanto extrañamente brillantes y abiertos más de lo habitual que trataban de comprender el momento crucial que estaba viviendo. Sus manos crispadas sobre el pavimento como tratando de aferrarse a lo que le quedaba de vida. ¡Sin un quejido, sin un lamento!

La inquietaba esa situación y aunque quiso hacerse la desentendida las imágenes volvían una y otra vez a su cabeza trayendo nítidamente a su memoria los hechos. Volvían, incluso, con el aroma intenso de la sangre y con el débil ruido que este producía al escapar de su cuerpo, con olor a miedo, al suyo y al de la víctima.

Los asaltantes hicieron lo suyo con sangre fría y siguiendo milimétricamente lo planificado, ajustándose a los tiempos preconcebidos antes de que saltaran las alarmas y llegaran los efectivos policiales. Para tanto destrozo y esfuerzo el resultado fue mezquino, unas cuantas joyas de menor valor, cuatro relojes de poco costo y un cadáver que sumar a su currículum y prontuario. Las otras joyas, las más valiosas estaban a mayor resguardo en la caja fuerte la cual no tuvieron tiempo ni siquiera de lograr ubicar dentro del local.

Pensó seriamente en cambiarse de casa, para ella era relativamente fácil, solo era cuestión de encontrar un lugar seguro en algún edificio abandonado, en una demolición o en un edificio en construcción en donde a veces los mismos jefes y capataces la autorizaban a dormir. La cama era lo de menos, hasta un cartón servía a veces como un cómodo colchón.

En la esquina de Catedral con Ahumada bostezó sin ningún reparo, siguió camino por la primera de las calles hacia la costa, tenía sueño y se sentía algo cansada. Apuró el paso ante la presencia de unos perros que no la miraron con muy buenos ojos, los superó rápidamente y prosiguió su marcha un poco nerviosa por este pequeño percance.

Les tenía terror a los perros, no sabía la causa pero era algo más poderoso de lo que podía comprender, era algo atávico, visceral, poderoso, seguramente alguna relación debía de tener con su vida de pequeña, ¡tal vez!, lástima que no hubiera ningún familiar con quien averiguarlo pero estaba segura de que algo había sucedido y que la dejó con esa fobia tan intensa hacia esos nobles animales.

El último tramo lo hizo casi corriendo, el miedo se había apoderado de ella y de el sí que no había escapatoria. Se le metía por los poros hasta el fondo de su ser y desde allí brotaba multiplicado aflorando por todo su cuerpo llegando a veces a inmovilizarla.

Por fin llegó a la entrada de edificio que la albergaba, era un vetusto y antiguo caserón declarado monumento nacional y del cual nadie se hacía cargo para tratar de rescatar la maravilla arquitectónica que alguna vez fue, tal vez alguna constructora estuviese esperando un incendio “casual” para comprar el valioso terreno por mucho menos del valor actual y librarse, de pasada, de la restauración y mantenimiento de aquella joya.

Cruzó el señorial umbral y las penumbras la recibieron con todo su peso, a eso no le temía. La oscuridad era su amiga y cómplice, le ayudaba a esconderse si fuera necesario y a tener un mayor y mejor dormir.

La salieron a encontrar cuatro bolitas peludas que maullaban ruidosamente. Las acarició y besó sin reparo, eran su escape emocional y hermosos receptáculos del amor que podía dar, ¡lo eran todo para ella, no lograba imaginarse la vida sin sus gatitos!

Habían conformado una linda convivencia, ¡eran su familia! Los amaba entrañablemente.

Cogió el jergón que por ahora era su cama y lo instaló en un rincón algo más protegido, alejado lo más posible de la entrada de la casona, el miedo aun atenazaba sus miembros.

Se hizo un ovillo, abrazó a sus gatitos regalándoles con su calor y el alimento que había guardado para ellos, una rica, cálida y reconfortante leche.

Suspiró ya un tanto aletargada y con una leve sonrisa en su cara reflexionó ¡Al final, sea como sea, soy una gata feliz!

